

hacer contigo; yo te haré conducir á un lugar de prostitucion, donde, perdiendo tu castidad, perderás tambien á tu Espíritu Santo. —Te engañas en eso, le contestó Lucía; si me haces deshonor contra mi voluntad, léjos de arrebatarme la castidad, me doblarás la corona de ella» (1).

¡Qué conocimiento tan perfecto del Evangelio; qué firmeza de espíritu, qué tranquilidad, qué sabiduría, qué gracia en las respuestas de la jóven cristiana! Ellas eran capaces de aplacar al hombre más furioso. Pero los altos personajes del paganismo no eran hombres, sino monstruos, que habian conservado del hombre tan sólo el nombre y la figura para degradarlos. Así, pues, el lenguaje de la vírgen, tan lleno de encanto y al mismo tiempo tan imponente y tan grave, léjos de conmover al tirano, lo llenó de furor. Él mandó que el ángel de la pureza fuese encerrado en la caverna de la lujuria para ser allí violado; pero fué en vano. Dios hizo tan prodigiosamente pesado el pequeño cuerpo de la vírgen, que, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron para moverla del lugar en que se hallaba, no lo pudieron conseguir. «Pues bien, dijo entonces el tirano, que sea quemada ahí, supuesto que no quiere moverse de ese lugar.» La ungieron con aceite hirviendo, la untaron con resina y pez, encendieron un gran fuego en torno de ella; pero las llamas no la tocaban, como ni tampoco le daban muerte otros tormentos que en ella emplearon; y sólo despues de su oracion á Dios, en que le pidió que la sacase de este mundo, fué cuando, dividida su garganta por la espada, sucumbió; pero ántes de entregar su espíritu á Dios, habló á la multitud que asistia á aquella lucha, y le predijo que Diocleciano y Maximiano iban pronto á morir, y que su muerte daría la paz á la Iglesia (2). Así el último suspiro de esta bella alma, que sólo habia vivido en el mundo para

(1) «At ille: Jubebo te ad lupanar duci, ut te Spiritus Sanctus deserat. Cui virgo: Sid invitam juseris violari, castitas mihi duplicabitur ad coronam.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Ira inflammatus, Luciam eo trahi jussit ubi ejus virginitas violaretur; sed divinitus factum est, ut firma virgo ita consisteret, ut nulla vi è loco dimoveri posset. Quamobrem, prefectus circum ipsam pice, resina ac ferventi oleo perfussam, ignem accendi imperavit; sed cum ne flamma quidem eam læderet, multis tormentis excruciatæ gutur gladio transfigitur. Quo vulnere accepto, Lucie prædicans Ecclesie tranquillitatem, quæ futura erat, Diocleciano et Maximiano mortuis, spiritum Deo reddidit.» (*Ibid.*)

la edificacion de la Iglesia, fué un augurio de felicitacion, un acto de tierno amor á la Iglesia.

No debemos olvidar á Santa Apolonia, martirizada en Cartago en la misma persecucion en que sucumbió San Cipriano. Esta noble vírgen, objeto de la estimacion y de la veneracion universal, no sólo de los cristianos, sino tambien de los paganos, por su piedad y su caridad, habiéndose negado á blasfemar del Señor, recibió tantos y tan rudos golpes en el rostro, que perdió todos los dientes. No habiéndola podido vencer con este suplicio, encendieron un gran fuego junto á ella, y la amenazaron con quemarla viva si permanecia en la confesion del Señor. «Yo estoy preparada para ello, respondió, y quiero ahorraros el trabajo de echarme en la hoguera.» Diciendo esto, se arrojó intrépidamente á las llamas, y llegó por medio del fuego al refrigerio eterno, dejando á sus verdugos confusos, y al pueblo atónito de un valor tan grande, como el que aún las mismas mujeres reciben de la fe y de la esperanza del Cristianismo. (Euseb., lib. vi.)

§ XI. — Glorioso martirio de otras ilustres vírgenes. — Santa Victoria. — Su deseo de asistir á los santos misterios. — La locura de la cruz. — Un niño de nueve años mártir. — Bella confesion de siete hermanas. — Santa Teodora, y la risa de los mártires. — Admirable oracion de Santa Teófila por la conservacion de su virginidad. — Prodigios con que Dios se la conserva. — Jesucristo no permite jamas que ninguna de sus vírgenes mártires sea violada.

Bajo el emperador Diocleciano, en una ciudad del África proconsular llamada Abisinia, tuvo lugar otra magnífica confesion de la fe por parte de cuarenta y nueve mártires, treinta y dos hombres y diez y siete mujeres; y fué tal la actitud sublime de estas mujeres, que aumentó el valor de los hombres y realzó de una manera extraordinaria la gloria de esta confesion. Fortunaciano, hermano de Santa Victoria y unido todavía al paganismo, para alcanzar gracia en favor de su hermana, decia al procónsul: «Señor, el fanático de Dativo es quien ha seducido á mi hermana, trayéndola con Restituta y Segunda á esta colonia, y haciéndola iniciar en los misterios de los cristianos en casa del sacerdote Saturnino. Por consiguiente, Dativo es el verdadero culpable del extravío de estas mujeres. El desventurado jamas entraba en nuestra casa sin que, con sus per-

suasiones, hiciese á las jóvenes víctimas de su fanatismo.—No es eso cierto, exclamó Victoria, doblemente indignada de esta acusación de su hermano, que agravaba la situación de Dativo y comprometía la felicidad que ella se había prometido de ser mártir; no es eso cierto; nadie me ha persuadido á que deje mi casa para venir á Abisinia. Yo no he venido con Dativo; yo no he venido más que con mis hermanas, y puedo probar esto con el testimonio de mis conciudadanos; yo lo he hecho todo por mi propia voluntad; yo he venido aquí porque sabía que en casa del sacerdote Saturnino, que es nuestro padre y nuestra guía comun, se reunían mis hermanos, los cristianos, y se distribuían los misterios sagrados del Señor. Yo he asistido á esta asamblea, yo he celebrado estos misterios porque soy cristiana.—No deis atención á lo que ella dice, dijo entonces Fortunaciano al procónsul; mi pobre hermana está loca mucho tiempo há.» Con estas palabras aludía Fortunaciano á la vida santa y perfecta que Victoria había observado hasta entonces en medio de una familia de fanáticos idólatras. Distinguida por su nacimiento, por su talento y por su belleza, se había hecho también notable desde su infancia por las más sublimes virtudes del Cristianismo, y particularmente por su amor á la piedad. Habiéndola querido casar sus padres, contra su voluntad, con un elevado y rico personaje, la noble virgen se había escapado de su casa, arrojándose por una ventana, y se había refugiado en la iglesia, asilo del pudor, donde pronunció el voto solemne de virginidad: esto era lo que su hermano llamaba *la locura*. Esta era, como se ve, la santa locura de la cruz, de la que todos los verdaderos cristianos, á ejemplo de los apóstoles, se han gloriado siempre; y que hace al hombre verdaderamente sabio en presencia de Dios.

Así, pues, creyéndose dichosa Victoria con haber sido llamada loca por Jesucristo: *Nos stulti propter Christum* (1. Cor.), se contentó con responder: «No, yo no he perdido el juicio. La prueba de esto es que jamás he variado en mi modo de pensar ni en mi modo de obrar. Lo que yo quiero ahora, lo he querido siempre; lo que soy yo ahora, lo he sido siempre.» Este coloquio tenía lugar en presencia del noble mártir San Saturnino, á quien martirizaban sobre un potro, y de los demás confesores, á quienes azotaban y atormentaban de diversas maneras á vista de Victoria. Por esta razón le dijo el procónsul: «Ten cuidado de tí misma; de otro

modo, ya estás viendo lo que te espera. Sé cuerda, sigue los consejos de tu hermano, y véte con él; ése es el único modo de que te salves.» Victoria responde: «Yo estoy en mi juicio. Por mi propio bien he asistido á la asamblea de mis hermanos, los cristianos, y he participado de los misterios del Señor. Yo no quiero salvarme en este mundo y perderme en el otro. En cuanto á seguir á mi hermano, añadió, repitiendo las palabras del Señor, mis hermanos, mis verdaderos hermanos, son aquellos que cumplen la voluntad de Dios, de mi Padre celestial, y no conozco otros: *Qui fecerit voluntatem Patris mei hic frater meus est.*» (Matth.)

Animado por esta bella y noble confesión de Victoria, Hilarion, niño de nueve años, y uno de los treinta y dos confesores, habiéndole intimado el procónsul que renegase del Cristianismo, respondió sin vacilar: «Yo no lo haré. Yo soy, y quiero continuar siendo cristiano, y por eso he querido asistir á la asamblea con mi padre y mis hermanos.—Yo te haré rapar la cabeza, le dijo el procónsul, yo te haré cortar la nariz y las orejas y te dejaré en ese estado.—Haced todo cuanto queráis, respondió Hilarion alzando la voz; yo soy cristiano, y todas vuestras amenazas no podrán hacer que deje de serlo.» Restituta y Segunda se mostraron tan constantes como su noble hermana Victoria en la confesión de la fe, y por lo mismo fueron sus compañeras en el tormento, muriendo de hambre en un calabozo. (*Act. Sinc.*)

Ved aquí otro nuevo drama que en la misma época tuvo lugar en Tesalónica, y cuyos principales actores fueron las seis nobles hermanas vírgenes Quionia, Agapa, Irene, Casia, Filipa y la viuda Eutiquia. Presentadas ante el tribunal del gobernador Dulcesio, y acusadas de no haber querido entregar á los paganos los libros santos ni haber querido comer las víctimas inmoladas á los ídolos, les dijo el magistrado: «¿Qué locura es la vuestra de no querer obedecer los edictos de nuestros piadosos emperadores? ¿Qué mal puede haber en comer de los sacrificios de los dioses? ¿Por qué rehusáis hacerlo?» Al cual respondió Agapa: «Porque yo soy cristiana»; Quionia: «Porque yo creo en el Dios vivo, y creo que vuestros dioses son demonios»; Irene: «Por el temor de Dios»; Casia: «Porque yo quiero salvar mi alma»; Filipa: «Porque es mejor morir que comer de vuestros sacrificios»; y Eutiquia: «Porque es necesario obedecer á Dios más que á los hombres.»

Habiendo hecho el gobernador que guardasen en prision á Euti-
quia, que estaba encinta, hasta que llegase el dia de su alumbramiento, segun disponian las leyes, continuó el interrogatorio de las acusadas, y dijo á Agapa: «¿Qué quieres tú hacer? ¿Quieres tú obedecer las órdenes de los emperadores?—No es bueno que yo entregue mi alma á Satanás.—Y tú, Quionia, ¿qué dices?—Yo digo que nuestra resolucion es inmutable, y que nadie podrá pervertir nuestro corazon.—Y yo, añadió el tirano en alta voz, yo mando que Agapa y Quionia sean ahora mismo arrojadas vivas al fuego hasta que mueran en él, por haber violado los sagrados edictos de los emperadores con un espíritu de malicia y de contradiccion, y por haberse obstinado en profesar la temeraria y falsa religion de los cristianos.» La horrible sentencia fué ejecutada inmediatamente á vista de sus hermanas, las cuales, léjos de intimidarse por este horrible espectáculo, se mostraron mucho más firmes en su confesion, y condenadas al mismo suplicio, subieron á la grande hoguera que se habia preparado, cantando salmos, y fueron consumidas en ella bendiciendo al Señor. (*Act. Sinc.*)

Santa Teodora Sabina merece tambien que digamos de ella algunas palabras. Habiendo sido presa en Smirna, en compañía del ilustre sacerdote y mártir San Pionio, y obligada á obedecer las órdenes del emperador, sacrificando á los ídolos, exclamó en alta voz: «Nosotros no obedecemos más que al verdadero Dios.» Hicieron sufrir un largo interrogatorio á San Pionio, y el santo sacerdote contestó en él de una manera tan victoriosa, que cubrió de confusion á sus adversarios y les impuso silencio. Santa Sabina asistia á esta discusion con la risa en los labios y el gozo en el corazon. «Tú te ries, le dijo con una voz amenazadora uno de los verdugos, pero pronto no te reirás. Tú sufrirás lo que no quisieras sufrir. Acuérdate de que se llevan á los lugares públicos las mujeres que no quieren sacrificar á los dioses.—Yo me rio, respondió Sabina, porque soy cristiana; y si Dios quiere, me seguiré riendo y me reiré siempre. En cuanto á la vergüenza con que me amenazas, no me causa temor alguno; el Dios de la santidad y de la pureza hará lo que deba hacer.—¿Quién eres tú? le pregunta el magistrado, y ¿cómo te llamas?—Yo me llamo Teodora Sabina, y soy cristiana.—Si eres cristiana, ¿de qué Iglesia eres?—De la Iglesia católica.—¿A qué Dios adoras?—Yo adoro al Dios Todopoderoso que crió el

cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos, y á este Dios lo reconocemos por Jesucristo, su Verbo.» Quieren llevarla al templo, pero la mártir se tira á tierra para que no creyesen que iba voluntariamente; la obligan á entrar á viva fuerza, mas ella gritaba: «¡Yo soy cristiana, yo no sacrifico!» Y en esta confesion, condenada al fuego, sufre el martirio, conservando intacta su virginidad, como ella esperaba. (Eusebio, lib. iv.)

Ved otro ejemplo de la proteccion milagrosa con que Dios salva de los mayores peligros el honor de las santas vírgenes que estaban consagradas á Él. La virgen Teófila, habiendo sido condenada á ser deshonrada, bajo el imperio de Maximiano, miéntras la arrastraban al lugar infame encomendaba á Dios su pudor virginal con esta dulce y sublime oracion: «¡Oh Jesus mio! ¡Oh amor mio, mi luz, mi espíritu, custodio de mi castidad y de mi vida, dignaos mirar el peligro en que se encuentra la que ha sido desposada con Vos! ¡Daos prisa, á fin de que los lobos no devoren vuestra oveja. ¡Oh divino Esposo mio, conservad á vuestra esposa! ¡Oh fuente de todo pudor, conservad mi pudor!» (1). Despues de haber orado así, llena de confianza en la proteccion del cielo, no volvió á sentir temor alguno; y cuando llegó á la casa de prostitucion, la convirtió en un asilo de pureza, en un templo de meditacion y de oracion; porque, sacando de su seno el libro de los Evangelios, se puso á leer con el mayor recogimiento y la más perfecta tranquilidad (2). Y muchos jóvenes quisieron entrar en la casa para insultar al ángel terreno que estaba encerrado en ella; pero el ángel celestial se encontraba allí de una manera visible para defender á la casta esposa de su divino Señor; él hirió con una muerte repentina al primero de aquellos insolentes, quitó la vista al segundo, y castigó de diversas maneras á todos los demas. Por consiguiente, ninguno se atreve á acercarse á aquel lugar terrible, sino con las intenciones más puras. Habiéndose convertido el espíritu de lujuria en espíritu de devocion, se acercan á Teófila para venerarla y no para ultrajarla.

(1) «Mi Jesu! Meus amor, mea lux, meus spiritus, meus custos castitatis et vitæ, vide eam quæ tibi desponsata est! Festina, ne lupi tuam pecudem lanient; serva, Sponsæ, sponsam; meam serva castitatem, fons castitatis.» (Surius, *in Vita.*)

(2) «Ingressa prostibulum, librum Evangeliorum è sino protulit, atenteque legit.»

la; y la encuentran sentada de la manera más honesta, absorta en la lectura del sagrado libro, y á su lado un jóven, de pié, de una belleza nunca vista, que esparcía una luz inefable que consolaba á los corazones piadosos y lanzaba de sus ojos rayos que llenaban de terror á los malvados (1); y la turba de los paganos, admirada y atónita, exclamaba: «¡Oh, cuán grande es el Dios de los cristianos! No hay ningun Dios grande fuera de Él» (2).

Á propósito de los prodigios por los que esta heroica virgen, lo mismo que Santa Ines, Santa Lucía y Santa Sabina, conservó sin mancha el lirio de su pureza en medio de los más formidables peligros, dice Cornelio à Lapide: «Es una cosa muy admirable y muy digna de notarse en la vida y en el martirio de nuestras santas virgenes, que un gran número de jóvenes de la más extraordinaria belleza fuesen solicitadas por los más impuros tiranos, y provocadas al mal por medio de promesas, de amenazas y de violencia; que muchas veces fuesen condenadas por un juicio público á ser deshonradas; y que, sin embargo, no se lea que una siquiera de ellas fuese violada jamas; sino que, por el contrario, se vea que todas ellas conservaron su virginidad por la proteccion de Dios y de los ángeles, realizando de esta manera la gloria de su martirio» (3). San Basilio habia hecho la misma observacion. (*De vera virginit.*)

(1) «A fuit angelus, qui primum juvenem procacem, ad eam ingredi volentem, morte, secundum cæcitate, alios aliis poenis mulctavit; ita ut nemo amplius ad eam ingredi auderet; sed libidine irreverentiam versa, cum plures religione tacti, locum intrassent, viderunt Theophilam honeste sedentem et libro incubentem; adolescentem quemdam prope eam stantem, luce ineffabili, pulchritudine incredibili, veluti quædam fulminis tela emitentem oculis.»

(2) «Attonitis gentilibus et exclamantibus: Quid est sicut christianorum Deus!» (Surius, *in Vita.*)

(3) «Mirum hoc et notatu dignum in vita et martyrio SS. virginum, quod cum pulcherrimas virgines, ab impurissimis tyrannis, promissis, metu et vi ad stuprum sollicitatas, imo publico judicio damnatas, sæpissime legamus, nullam tamen violatam, sed omnes, Deo et angelis tutoribus, virginitatem conservasse, à Deoque auxisse martyrio conspiciamus.» (A Lap., *in 1, ad Cor., VII.*)

§ XII. — Otro ejemplo de la proteccion divina en favor de la integridad de las santas mujeres. — Martirio de San Didimo y de Santa Teodora, referido por San Ambrosio; obra maestra de elocuencia y de gracia. — Drama patético entre estos dos héroes cristianos, poniéndose el soldado los vestidos de la virgen, y la virgen los del soldado, y disputándose los dos la muerte. — Santa Catalina convirtiendo á los filósofos. — Prodigio de su ciencia y gloria de su martirio.

Ved aquí, finalmente, otro prodigio de un género nuevo, que Dios obró con el mismo objeto: hablo del heroísmo que inspiró á un jóven soldado cristiano, de dar su vida por salvar el pudor de una virgen cristiana. El soldado se llamaba Didimo y la virgen Teodora. Este patético drama sucedió en Alejandria. Las *Actas de los mártires* lo refieren; San Ambrosio fué panegirista de él, y este panegirico del orador cristiano es superior á las obras maestras de elegancia y de gracia de la elocuencia pagana. Nosotros tomaremos de él y de ellas los colores para pintar este interesante cuadro. «Existia, dice San Ambrosio, una virgen, que se ocultaba siempre de la vista de los hombres; pero cuanto más trataba ella de evitar sus miradas, tanto más se inflamaban sus corazones; la belleza que se oye celebrar y que no se ve se busca con más ahinco. Para no alimentar por más tiempo la pasion de sus pretendientes con la esperanza de poseerla, les hizo saber que acababa de contraer con Dios la obligacion de vivir en perpétua virginidad. Esta resolucion llenó de furor á aquellos malvados; dejando de amarla, la denunciaron como cristiana y la hicieron objeto de la persecucion. Ella no huye; ella se prepara al combate, y sólo le aflige el peligro de su pudor; en cuanto á la muerte, Teodora es tan religiosa, que no la teme, y tan pura, que la llama con todo su corazon» (1).

La presentan ante el propretor Próculo, y comienza el interrogatorio de esta manera: «¿Cuál es tu condicion? — Yo soy cris-

(1) «Virgo fuit fugitans publicos visus; sed quo magis virorum evitabat oculos, eo amplius incendebat. Pulchritudo enim audita, nec visa, plus desideratur. Itaque sancta virgo, ne diutius alerentur cupiditate, spe potiendi, integritatem pudoris professa, sit restinxit improborum faces, ut non jam amaretur, sed proderetur. Ecce igitur persecutio. Puella, fugere nescia, corde pavida, ne in insidiatores pudoris insideret, animum ad virtutem paravit: tam religiosa, ut mortem non timeret; tam pudica, ut etiam expectaret.» (Ambros., *De virginibus.*)